

La Conversión de la Magdalena, del P. Malón de Chaide

INTRODUCCION HISTORICA A SU ESPIRITU Y DOC-
TRINA, PARA UNA EDICION CRITICA, POR EL DOCTOR
H. LANGENEGGER

EL PROCESO DE LA CONVERSION DE LA MAGDALENA

Traducción

POR

LOPE GILLERUELO, O. S. A.

IV (*)

Párr. 39.—Así penetra Dios en el corazón de María Magdalena, con su gracia; lo refresca, pues estaba abrasado; levanta un apacible ábrego, un puro mediodía que disipa las nubes y todo lo aclara. «¡Oh, qué horno de amor era esta pecadora!, cuyo fuego profano había abrasado, quemado, muerto y hecho carbón tantas almas en el infierno.» El gran horno de Babilonia, del que dice Isaías: *Babylon, Babylon, posita est in miraculum* (21, 4), se trueca en maravilla. Esta consiste en que la Magdalena ardía, y ahora se deshace en agua... «¡El fuego trocado en agua!... Prodigio, espanto del mundo.» ¡Cómo se siente burlado el demonio que tanto se había prometido de la Magdalena!: «Véis aquí, derrocada y postrada por el suelo, a la torre del homenaje del pecado.» Sólo Dios omni-

(*) Véase ARCHIVO ACUSTINIANO, enero-abril de 1951, pág. 28.

potente pudo efectuar un milagro semejante. Narración paralela del A. Testamento acerca de Moisés, que hace brotar el agua de una roca: dos veces la hirió, con el temor de los males y con el amor de los bienes. Del agua que manó de la roca beberán todos los «hombres varoniles, sabios y de conocimiento», y los «brutales; los unos, perseverando; los otros, arrepintiéndose». ¿No parece que esta pecadora fué primero roca, y se convirtió después en fuente?: «sea aquella piedra resuelta en agua, dura por obstinación». Endurecimiento de corazón es uno de los caracteres primordiales del pecador empedernido; seco está por crueldad («...y parte del grano cayó sobre un terreno pedregoso»), frío por indevoción, rudo por malicia, estéril para las buenas obras. Por el menosprecio de su pudor femenino y de la ley divina, se convirtió la Magdalena en una piedra, ruinoso para las almas castas, caída para los ojos limpios, en una sima peligrosa, pues, como otra Medusa, convertía los hombres en rocas. Propio de la roca es tener encerrado en su seno un fuego totalmente invisible, «mas, ea, tocadlo con un eslabón, saltarán centellas, enciende la yesca, resplandece el fuego, quemando la mano... ¿No os parece que cada mujer profana es un pedernal que enciende el secreto fuego de la insaciable lujuria y de la torpeza?» Sólo con el vinagre, el amargor y los rigores de la penitencia, puede ser apagado este fuego. Cuadro de la perdición del Rey que se dejó vencer por la concupiscencia. «Las mujeres prófanas, las rameras y revolcaderas del infierno tienen junto a sí el fuego de la lujuria y las aguas de sus contentos, y tienen en ellas alianza el fuego y el agua.» Carga de nuevo contra «las mujeres desventuradas, falaces y mentirosas». Putiphar, Jezabel, etc... Al modo de ellas, fué también la Magdalena: «como puerco sucio; vil, como el lodo; insaciable, como el fuego; como el viento, mudable; como hoja, ligera; pomposa, como pavón; cruel, como tigre; apretada, como lazo, y fogosa, como pedernal; y con todo eso

se volvió en agua»... ¿No véis cómo por sus ojos corre un Nilo? «Azudas de agua y aún cauces y aún ríos abundantes vierten mis ojos porque no guardaron tu ley, ¡oh buen Señor!, dice María.» ¡Qué dos Marías, María Virgen y María penitente! La Virgen María es nuestro sol, María penitente, nuestra luna. Puesto que esta última experimentó una obnubilación, fué necesario que tornase luego de las tinieblas, a la luz; del pecado, al estado de gracia; como la luna preside la noche, así María penitente ilumina a los pecadores para que puedan hacer penitencia. Sucédense las cosas de este mundo como un sueño. Vosotras, mujeres, ¿cómo no os acordáis del fin desastroso de las que conocísteis en otro tiempo, «gallardas, amadas, servidas, hermosas, miradas y estimadas de todos»? Llega la vejez, pasado ya el atavío de la juventud, «vestidas de infinita miseria, odiosas aún a sí mismas, aborrecibles a todo el mundo»: despiadado se ha vuelto el mundo contra ellas. Por lo cual, es necesario convertirse a la luz como la misma luz se convierte. Aunque es propio del hombre el pecar, la permanencia en el pecado es arte del demonio. No admite demora el convertirse. ¿Quién sabe sobre si viviremos en la próxima hora? ¿Quién os ha asegurado que relegada la penitencia a un plano futuro os decidiréis a hacerla entonces? ¿Y si después no sois capaces de hacerla? ¿Por qué queréis ser esclavos, pudiendo ser libres? ¿Por qué ser vasos de ira, pudiendo serlo de gracia? ¿No sois esposas de Cristo? ¿Por qué entonces os habéis hecho esclavas del demonio? ¿Es que Dios no os creó libres? ¿No eras mía? Pero, ¿qué es lo que pierde Dios, si yo me condeno? ¿Es que Dios dejará de ser? ¿Aumentará su gloria porque entre yo en el cielo? La creación toda no aumenta la grandeza de Dios ni en la dimensión de un cabello. Entonces cabe preguntar: ¿por qué se muestra tan solícito en la salvación del pecador, como si se tratase de Su vida? El grano de trigo que cae en la tierra, debe morir para que la germinación se realice (Jo., 12, 24).

La visión que tuvo Daniel de la grandeza de Dios parece hablar contra esto. Ciertamente, antes de la creación de este mundo, estaba oculta la grandeza de la Trinidad en su seno: «el Padre, fuente y manantial y origen de toda divinidad; el Hijo, espejo sin mancilla, resplandor y retrato del ser y de la hermosura del Padre; aquel dulce mar de amor, aquel suave fuego que encienden los ángeles, los apura y alimpia y enamora, que es el Espíritu Santísimo, que procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio». Pero, ¿por qué da Dios la vida por el pobre pecador? ¿No es Su vida de más valor que todo el conjunto de la creación? «¡Que tú des tal vida por tal muerte!... Que así se llama la mía.» Es el caso que somos siervos inútiles. Quizás, enemigos de Dios. Y el santo debe morir, y vivir el malo. Esto lo hemos oído de la boca misma de Dios; y si nosotros, esclavos del pecado, somos excluidos del cielo, queda el Hijo de Dios como único heredero del Reino celestial. «Y nosotros quedaremos excluidos de la herencia y aherrojados en los calabozos y simas del infierno, como esclavos.» *Nam finis illorum mors est. Y: quod natum est ex carne, caro est.* El león necesariamente debe engendrar al león; el caballo al caballo, y el hombre animal al hombre animal. Por ello, los hijos de Adán nacerán en consonancia con el padre. El carnal, carnales ellos; él mortal, mortales ellos; él, amigo de disculpar su pecado; ellos, amigos de no confesarlo nunca. No sucede esto en Cristo, por quien volvemos a renacer, «dándonos de su espíritu»: con la fe nos dió capacidad y potestad de hacernos hijos de Dios. Por la justificación, muere el cuerpo, pero el alma, parte mejor y más noble, vive mediante ella.

Párr. 40.—De nuevo vuelve la vista Malón de Chaide a aquellos que creen tener tiempo suficiente para su conversión. Pues «en alguna manera mueve más cuando se habla en general y en tercera persona». Con frecuencia, los grandes pecados endurecen el corazón de tal modo,

que la llamada de Dios no causa impresión alguna, al modo de un martillo que machacase un yunque. «Y es cosa admirable ver aquella lucha, que traen consigo dentro de un pecador: el entendimiento y la voluntad, y aquel pleito formado, y los altibajos que siente el desventurado en su mismo querer; porque entonces el entendimiento le yerra a veces el objeto de la voluntad; ella ciega y mal regida de su paje, quiere lo peor; otras veces, con la lumbrecilla y centella, que le queda en medio de las ahumadas del pecado, adiestra al bien y atina a presentarlo a la voluntad; y ella, forzada de la verdad presente, quiere, por un breve tiempo, lo que antes le displacía; mas no puede perseverar, porque luego, de las lagunas de los vicios se le levantan tantas tinieblas y vapores tan espesos, que le turban los ojos del entendimiento, y mira con torcida vista lo que poco antes vió libremente; y así resuelve a disuadir a la voluntad lo que le había persuadido hasta allí. Ella tira como ciega tras su paje, y con esto hace mil mudanzas en un punto.» Después, en relación con el pasaje, *Homo natus ex muliere brevi vivens tempore, repletur multis miseriis*, urde una larga y enjundiosa exposición de la miseria de esta vida, «que mejor se llama larga muerte que breve vida». Nuestros largos años de vida son un motivo de prolongada fatiga. Florecilla delicada, no hay vidrio más frágil que ella. Las más insignificantes menudencias y circunstancias son capaces de destruirla. *Fugit velut umbra*. ¡Siniestra mutabilidad del placer! Y el hombre mismo, ¡cuán inconstante es! ¡Cuántas fugas y deseos en un momento! ¡Cómo le desencanta hoy lo que ayer le era motivo de grande contentamiento! Por lo demás, está tan ahito de todo, que no puede permanecer en un estado. Pues si aun estando un hombre en los términos de su naturaleza, jamás está en su ser, «si le cargáis a cuestás la molestia del pecado, ¿qué tal estará?» Y, ¿de qué manera podrá hacer penitencia, si es ayudada y reforzada su inconstancia con la larga costumbre del pecado, cometido

durante tantos años? Pero, con todo, aun al más empedernido pecador le han de sobrevenir momentos en que le gane la resolución de hacerse mejor, y de dejar su liviano modo de vivir, en que sus pecados le confundan, le pesen y proponga enmendar su vida. Siendo esto corriente, ¿quién le promete al pecador la seguridad de hacer penitencia en sus postreros días? Pues generalmente, tras mala vida sigue mala muerte. Son los pecados, «los alguaciles de vuestra prisión, y los ejecutores de vuestra pena y de la justicia divina y os sean testigos de vuestra mala vida, y os entregue Dios en sus manos, que no es ligero castigo.» Todo lo cual demuestra con el ejemplo del Rey Sedecías, tomado del A. Testamento.

Párr. 41.—En el párrafo 42 repasa la cuestión, y en especial el motivo de la destrucción de la ciudad de Jerusalén. Si Dios, que consagró a Jerusalén, permitió que se hundiese tan profundamente, ¿qué hará Dios con vosotros, «cuyos cuerpos desde los primeros años han sido casa de mucha abominación y moradas abominables y sucias, llenas de hediondez, y habitación de demonios, revolcaderos de torpeza, muladares jalbegados en asco de los ojos humanos, ejidos de sucios deseos y vergonzosos pensamientos; cuyas almas han sido siempre traidoras y rebeldes a Dios, sin oír sus amonestaciones y suaves llamamientos, siendo comuneras toda la vida?» ¿Qué linaje de Dios os imagináis? ¿Estaría bien que después de haber entregado al diablo lo mejor, más fresco y sazonado de vuestra vida, déis a Dios el deshecho, lo podrido y enfermo de vuestra edad, deseando, además, que Dios se satisfaga con ello y le produzca contento? Al final nos da un cuadro exacto de la edad senil, de sus achaques y caducidad (siguiendo a Salomón). Muestra racionalmente cómo un cuerpo tan debilitado, no puede hacer penitencia, puesto que no puede soportar ayunos, maceraciones ni vigi-lias. ¿Cómo podrá ayunar, si no puede apenas comer? Si apenas recuerda las acciones del día anterior, ¿cómo po-

drá hacer recuento de los pecados de su juventud? Por otra parte, es la vejez la edad en que más refinados favores de Dios necesita el hombre.

Párr. 42.—La desgracia más lamentable de estas infelices, es que pierden el temor de Dios y pecan sin miedo y sin vergüenza. En cambio, no hay ciencia tan alta como el temor de Dios. Como Job, pensaron también los poetas gentiles—que son los teólogos de la religión pagana—cuando concibieron la fábula de Prometeo. Prometeo no encontró en la tierra fuego con que rematar y perfeccionar a los hombres y subió al cielo a buscarlo, ayudado de Minerva. Como fuentes principalísimas, cita los diálogos Menón y Protágoras de Platón. Dice Platón en ellos, que lo más necesario en nuestro planeta es la sabiduría. Es ella la luz que ilumina y esclarece el espíritu. Y si Platón interpretase así la fábula, no estaría muy lejos de la otra creencia que se funda en la historia de la creación: cuando el hombre se vió creado, no quedó contento; aspiraba a ser más y no vió que el fuego había que buscarlo en el cielo, como lo buscó Prometeo. Buscóle entonces en la tierra donde no es posible hallarlo. De este modo cayó en la tentación del diablo... Pero no le asentaron bien los bocados, no los pudo tragar bien, estriñóle y estriñonos, matóle y matonos. «Vino el Hijo de Dios que es la sabiduría inmensa del Padre; y dicen muy bien que la Minerva ayudó a traer el fuego del cielo», ya que el mito del nacimiento de Minerva es una feliz lucubración de los poetas. De este modo descendió a nosotros y nos dió la sabiduría, pues el hombre sin sabiduría: *comparatus est jumentis insipientibus*. Ahora bien, quien intima con Dios, es sabio, y así merecieron este nombre los Feacios, porque eran devotos y temerosos de Dios. («Esta verdad viene bien a la mentira y ficción de Prometeo.») Por lo demás, en cierto modo, podemos aplicarlo también a Cristo: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur?*

Párr. 43.—De nuevo vuelve Malón a la glosa comen-

zada de Job, c. 18.: reconviene airadamente a los «bachilleres de estómago, graduados por las universidades del mundo, necios son». Muestra la esencia de la verdadera sabiduría, siguiendo al Eclesiástico. El santo que teme a Dios y guarda sus mandamientos, es el verdadero sabio; en este sentido, el pecador es necio, pues no teme a quien puede condenarlo en cuerpo y alma. A los altísimos gigantes que fueron aborrecidos de Dios, les faltó la sabiduría y así sucumbieron en su igonarancia. Pues la sabiduría «es el temor de Dios y faltándoles éste perdieron el freno, y furiosos como caballos desbocados corrieron por los breños y riscos de la vida, despeñándose y dando consigo en el infierno». Y si estos héroes cayeron en desgracia de Dios, ¿cómo quieres tú resistir con sola tu fuerza, loco hombrecillo, insensato pecador, hombrezuelo y sabandija de la tierra? La naturaleza entera sabe del temor de Dios, sólo el homúnculo es el único que no teme nada. ¿Qué linaje de Dios os soñáis, un Dios lejano que no puede acordarse de vosotros? No debemos tener miedo a los hombres, que lo más que pueden hacernos es quitarnos la vida, cosa que irremisiblemente tenemos que perder, aun cuando no nos despoje de ella el verdugo. Los más crueles verdugos no pudieron herir las almas de los mártires, no pudieron despojarles del temor de Dios, ni empecerles el goce de la Patria eterna. Pues Dios ampara a los atribulados e infelices. No hay más que reparar en la prisión de José en Egipto. «Asimismo hacía a los mártires que los amparaba y defendía, y se ponía delante de ellos para que diesen primero en él los golpes, y allí se embotasen los lanzas y se gastasen los aceros de las espadas, y se torciesen los filos para que no pudiesen penetrar, de suerte que cortasen la paciencia de aquellos Anteos del Evangelio.» Los amigos de Dios, diestros en las armas espirituales, toman a Dios por escudo, se cubren totalmente con El y no tiene temor alguno. Ningún golpe terreno les alcanzará, pues se cubren suficientemente con el escudo. Después vincula esta doctri-

na con una glosa poética del Ps. 90. Reitera la contraposición entre la Omnipotencia de Dios y la impotencia del hombre. ¿Y qué no puede temer el hombre? El demonio es más fuerte que todos (los hombres juntos, pues: *non est potestas quae comparetur ei super terram*. Aunque todos los nacidos se coaligasen en contra de un solo demonio, de todos haría fácil mofa y derrocaría como quisiera. Tiene Dios tal fortaleza, que con el calcaño del pie precipitó de sobre las estrellas al supremo Serafín con todos sus secuaces. Y si Dios me protege paternalmente, ¿por qué temeré al hombre, que tiembla como un azogado cuando ve a uno de aquellos que mi Protector de un puntapié los despeñó en lo profundo del infierno? Lo más que puede hacernos el hombre es «cosa de poco momento». Mira la historia de Jonás. Es de admirar cómo estos idólatras, desconocedores de Dios, se atemorizan ante el nombre de Dios. Y un cristiano, que sabe todas estas cosas, sometido a sus divinos preceptos, pasa toda su vida sin temor, virtud, respeto. ¡Oh, monstruos infernales, hasta cuándo habéis de estar sometidos al demonio! Los demonios tiemblan al nombre de Jesús: Pero los verdaderos amigos de Dios tienen siempre delante de los ojos el temor divino, tanto que a su temor le llaman Dios. Identifican ambas cosas. Job, dijo de sí: *Non peccavi*, lo cual no dijera hoy un cartujo—que ha llegado a ser para nosotros el mejor maestro del temor de Dios. Nuevamente reconviene, «a las infames, abominables, asquerosas, indignas de parecer ante los ojos de los hombres, las que son revolcadero de lujuria». ¿Cómo pueden dormir tan tranquilas en sus pecados como si fuesen una Santa Catalina? Cita como modelo a esta Santa convertida, pues, como para ésta hubo medio de salvación, también lo habrá para vosotras: «Dios también habrá entrañas de misericordia para recibir a vosotras».

Párr. 44.—Antes de tratar, en la tercera parte, del amor de la pecadora, pone «dos palabritas» sobre un punto aún

no mencionado, y que desdice a aquellos que suelen predicar en las iglesias sobre esta materia. Cuando uno yerra el camino, lo más indicado es volver al punto donde tomó el falso: esta es la tarea del pecador. Pecó, por soberbia, retroceda a la humildad. Así María Magdalena, que pecó con su boca, cabellos, olores, blanduras y regalos, sacrifícle a Dios lo mismo con que había obsequiado al demonio. Pues bien, todo aquello que habéis hecho por el demonio, hacedlo por Dios en el trance de vuestra conversión. De ello es la Magdalena un ejemplo extraordinario. Pecó ella por la lengua, es decir, en las formas de expresión y, por ello, mantiene en su corazón sin decir palabra el trato con Cristo. A modo de coloquio intercala Malón un soneto de Gabriel Fiamma, en su idioma original y traducido. Elogia la penitencia que la Magdalena hizo con el llanto. Esto despierta en él de nuevo el placer de relacionarla con nuestra vida fría y tibia y con nuestra constante impenitencia, comparando tales exhortaciones con el ejemplo de Ester. Debemos lavar con lágrimas los lugares que manchamos con nuestros pecados, que un alma que ofende y se aparta de Dios no le hace un solo agravio, sino muchos.

Párr. 45.—Continúa Malón en el siguiente párrafo la historia comenzada; el diálogo de Cristo con el Fariseo, es decir, con la clase de aquellos que acostumbran a decir: *Recede a me, noli me tangere, quia mundus sum*. Simón conoce a la Magdalena, sabe quién es ella. Podemos imaginar fácilmente lo que en tal carácter debía suceder. Pero Simón se engañaba al calificar de pecadora a la Magdalena: «que no era sino justa (a aquella hora) y harto más que él». Con frecuencia, cae un hombre tan profundamente, que luego por reacción se eleva tanto, cuanto antes había caído. Y puede suceder también que a quien adoleció en la culpa, le sirva esta notoria culpabilidad para un conocimiento más íntimo de Dios que aquel que practica una moral acendrada.

Párr. 46.—No quiere Jesús sentarse gratuitamente a la mesa del Fariseo y págale con su ilustración e iluminación. Matemática metafísica sobre el sentido del más y del menos en el perdón de los pecados. Pues Dios, o los perdona todos, o ninguno. Distinción entre «culpa y pena»; la primera, es perdonada; de la segunda hay que hacer penitencia. (Doctrina sobre el purgatorio.) La condición es la *contricción*, «que no puede estar sin amor de Dios». Jesús habla en este sentido no de la culpa, sino de la pena.

Párr. 47.—De Simón, que sin darse cuenta se condena a sí mismo, se dirige Jesús de nuevo a la Magdalena, Repudia Malón a los mezquinos corazones, que apenas hacen algo y ya buscan a Jesús como pregonero de ello. Con fortaleza los denuncia: «que vuestros tesoros se pudrirán y vuestra plata se comerá de orín, y vuestras sedas se gastarán de polillas en vuestras arcas, y el sayo remendado del pobre parecerá bordado de oro y perlas, y vosotros os comeréis las manos de rabia...» El proceder de Cristo es afrenta terrible para Simón, para el Fariseo, para el creyente, para el sacerdote. Que sea preferida una pecadora a este sacerdote y que él sea humillado de una manera tan contundente. Aplicación inmediata a nuestra situación presente: «¡que comulgues cada día tan seco y con tan poca devoción, y que la pobrecita, un día al año que comulga, sea con tantos sollozos, lágrimas y gemidos!» Terrible para el de la Iglesia y para el religioso es la afrenta que a Simón le hizo Cristo. María calla siempre, pero Cristo defiende su causa como lo hizo con sus discípulos contra los fariseos. Y con esto llega Malón a la cuarta parte de la Conversión.

Precede a esta *Cuarta Parte* un prólogo especial en el que bosqueja de un modo breve el tema que en este apartado trata de exponer. No sólo se propone presentar el tercer estado de la Magdalena, que es el de gracia, sino principalmente hablar del amor. Protege el término *amor* contra

el uso que corrientemente le da el mundo y lo reclama para el amor de Dios, tomando pie para ello de los numerosos «loci sacri». Explica que esta palabra es más propia que *dilectio*. Así señala en esta parte enérgicamente: *Procul hinc este profani*, que nada tienen que hacer donde él habla de la Magdalena, a la cual el Señor *ostendet omne bonum*; «que hecha divina mariposa, consumirá todo lo terreno con el fuego del Amante eterno».

En la Introducción se remite a las fuentes más importantes de su doctrina: Hermes Trimegisto, Orfeo, Platón y Plotino («y algunos de los antiquísimos filósofos, mezclando lo que en la Sagrada Escritura hallare que no pueda levantar la materia»), y, finalmente, Dionisio Areopagita. Tres son las cosas que hacen que estimemos algo grandemente: «nobleza, antigüedad y grandeza o un provecho que trae consigo». Se funde en la mitología del Eros, tal como lo encuentra en Hesíodo, Hermes Trimegisto, Orfeo y Acusileo. Lee en el Timeo de Platón la doctrina del origen del mundo, salido del Caos, en el que en potencia existe ya todo. El Caos, que como suma de todas las cosas no creadas, es la primera creación de Dios, es descrito con las conocidas palabras del comienzo de la *Metamorfosis* de Ovidio. Pero: «como éste tenía falta de luz divina por ser gentil y profano, aunque quiso atinar, desbarató», y entonces saca a plaza contra esta doctrina la Física, de Aristóteles. La diferencia, que se pone de relieve en la oposición entre la Metafísica aristotélica y la doctrina de las ideas de Platón, se evidencia en el pecado de Adán, que para él fué actual, y original para nosotros. En esta descripción del Caos, demuestra Ovidio haber leído el Génesis. Parece más propio la doctrina platónica del Eros en el *Symposion* (c. 6, p. 187, St.) que describe admirablemente a guión seguido. Conceptos como: Caos, Kosmos = Mundus, perfectio, ferrositas = pulchritudo = hermosura, juegan un papel principal; pero los llama «sueños de estos discípulos de Platón, que tienen mil escu-

ridades y cosas que no se dejan entender». A la frase: «que en la mente que está unida a Dios pintó las Ideas», la llama un desatino sin piés ni cabeza. Porque ninguna cosa puede perfeccionarse desde el momento en que es tenido como lo más perfecto. Se opone rotundamente a la doctrina del *alma del mundo*. «Digo que se tiene por más que falso.» Y así le queda la doctrina restante: que el Reino de las Ideas debe ponerse en Dios, como lo enseñó San Agustín, cuya fuente es Plotino, «que lo dijo divinamente». En el Caos obra el Amor, el cual da forma a lo que allí es informe y lo embellece. El amor es perfecto por sí mismo, es decir, se perfecciona a sí mismo sin cesar, pues cuanto más puro es, más se depura y *acendra*.

Aunque en Dios no puede crecer, no obstante, se despliega más y más. No le pareció perfecta a Dios la hermosura del mundo en su belleza natural y le regaló la gracia y los dones del cielo siempre en aumento, hasta el día de la Pascua de Pentecostés. Pero el amor es lo más sabio que hay sobre la tierra, porque es luz de Dios.

Párr. 48.—Probada la antigüedad del Eros, trata nuestro Autor de probar también su grandeza y poder. Platón es también aquí el punto de partida, aduciendo lo que dice en el Symposion: «Magnus Deus amoris diis hominibusque mirandus». Aquí aparece una frase poco católica, pero verídica, si tenemos en cuenta la historia de la Religión. «Llaman los antiguos dioses a los que nosotros ángeles.» El Eros se diferencia notablemente de la *concupiscentia*, la cual codicia poseer el bien amado y después de la posesión y goce del mismo, cosecha el tedio. Así lo muestra el ejemplo de Amón y Tamar. Placer más elevado junto con el deseo del goce lo encontramos en los ángeles. De las palabras de San Pablo: *Invisibilia enim ipsius, a creatura mundi, per ea quae facta sunt, intellecta conspiciuntur*, concluye que «la sempiterna virtud y divinidad de Dios también se conoce por la huella de las criaturas».

Párr. 49.—Sobre la utilidad del amor trata en el párrafo 50. Toda la utilidad del amor se reduce a lo siguiente: debemos huir del vicio y evitando el mal, obrar el bien. Las palabras, *malo* y *torpe*, *bueno* y *bello* encierran ideas opuestas. El retraimiento del mal es algo muy difícil. No obstante, lo que las leyes no han podido hacer, en un solo trance lo obra el amor, porque la vergüenza nos retrae de las cosas torpes y el deseo de la excelencia nos provoca el estudio de las cosas honestas. (Aun aquí se advierte en Malón la huella de Platón y de Poseidonio a través de Cicerón.)

Párr. 50.—Habla de las diversas definiciones que del Eros se vienen dando. Un deseo de hermosura lo llaman los filósofos morales, con lo cual es preciso definir lo que sea la belleza. Enumera y describe las diversas partes de la misma: tres clases hay de belleza, la del alma, la del cuerpo y la del sonido, que percibimos con la razón, con los ojos y con el oído, respectivamente. Desde este punto de vista el Eros se sacia en estas tres facultades del hombre: entendimiento, vista y oído. El olfato, gusto y tacto son complementos del amor profano, no del Eros o del amor divino. Las cosas que percibimos mediante estos tres últimos sentidos no son bellas, porque son formas simples. Al definir la belleza como concordancia de muchas cosas, resulta que el apetito que de ellas se sigue, como cae fuera de la esfera de los intereses del Eros, no es amor, sino «lujuria, torpeza y furia desenfrenada». La «consonancia» es equiparada aquí con la templanza, razón por la cual el amor no desea el deleite del gusto ni del tacto, que son «tan vehementes y furiosos» que sacan al entendimiento de su vía y le turban. También aquí podemos guiarnos por el orden de ideas de los antiguos, dice Malón.

Otra de las utilidades que otorga el amor es la ayuda mutua que los amantes pueden prestarse. Como ejemplo sirven las relaciones de los mártires con Dios, cuya gesta

sólo se puede comprender teniendo en cuenta el fuego del amor.

Párr. 51.—Tres son los estados que aparecen en la creación del mundo: 1. Creación de todas las cosas. 2. Dios atrae a sí todo lo creado. 3. Dios da perfección a todo lo creado: Principio, Medio y Fin: Bueno, Hermoso y Justo. Este ternario de *conceptos primarios* conduce a una escrupulosa discusión de la primera frase del Evangelio de San Juan y del Génesis. Cristo mismo se sirve de este ternario (al mismo tiempo aprovecha una ocasión para pronunciar un anatema ya tradicional contra los malditos Juliano el Apóstata y Porfirio).

Párr. 52.—De acuerdo con Platón y con Dionisio Areopagita, compara Malón a Dios con el sol: «que así Dios es acto de todas las cosas» y por esto es bueno, trátalas con esmero y las levanta. Por eso es también hermoso; y en cuanto aplica y descubre su potencia para conocimiento propio o (de las cosas), se le llama Verdad. Y así, según los diversos efectos, le damos diferentes nombres. Discúlpase Malón de que su Libro sobre el amor de la Pecadora se salga un tanto de cauce. Ello es debido a que esta materia es *escabrosa*. Pero advierte al lector, que, en realidad, no se distancia tanto como a primera vista parece.

Párr. 53.—Explica la conocida figura del círculo, que hallamos en la tardía escuela neoplatónica. El centro de tal círculo es la «bonitas», y la circunferencia del mismo corresponde a la *pulchritudo*. Sus radios, que son inseparables unos de otros en el centro, luego se distancian entre sí. «¡Oh, si fuese nuestro Señor servido, implora Malón de Chaide, que yo acertase agora a decir una doctrina admirable que de aquí sale!» Trata de repetirla punto por punto, tal como la ha comprendido. Dios es el centro universal de todas las cosas: es el Uno simplicísimo, invisible, estable. Toda la rueda se mueve, sólo el centro permanece inmóvil. La creación entera cambia, solamente el Creador de ella no conoce lo que es el cambio, y como los

rayos parten del centro, todo lo creado se origina análogamente de su Creador, es decir, el Creador sale fuera de Sí en obras exteriores. Además, resulta que Dios se encuentra aún en la más insignificante menudencia de la creación, porque El la produjo y la sustenta. Como el punto está en toda la línea, así Dios está en todas las cosas. Y como los radios, en el momento en que salen de su centro, se hacen diferentes entre sí, del mismo modo las criaturas, saliendo de Dios, se diversifican. Y así las cosas formarán una sola con El y entre sí, en el momento en que vuelvan a unirse a Dios. Por otra parte, el *Quod factum est, in ipso vita erat* de San Juan, nos sugiere también que las cosas que están en Dios son Dios mismo. Este «estar las cosas en Dios» puede entenderse de dos maneras: Una, según la cual las cosas en cierto modo naturales son en El una cosa simple, no compuesta, porque las cosas en Dios no son compuestas. De aquí podemos deducir, que en Dios no hay tiempo, ni presente, ni pasado, ni futuro. La otra manera de estar las cosas en Dios es por gracia y amor. Esta unión y solidaridad queda especificada por el Dogma de la Comunión de los Santos, el «*Corpus mysticum*» de San Pablo, y por el principio de lógica: «*Quae sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se*». Vuelve a hablarnos de la Jerusalén celestial, parafraseando para ello el Ps. 147.

Párr. 54.—Dentro de una terminología tomada evidentemente del Pseudoareopagita, llama Malón *Bonitas* o *Bonitas in Deo* a la *Superexcellantissima existentia Dei*; la *pulchritudo*, en cambio, es el *actus* o *radius*, que de allí se origina y se reparte por todas las cosas, desde los ángeles hasta el ser más insignificante de la Naturaleza. Aquí se funda el hecho de que la visión o el contacto con algo corpóreo no puede apagar o menguar el *ímpetu* del que ama. Dios mezcló en sus obras algo del sabor dulcísimo de Sí mismo. Nosotros sentimos este olor, pero ignora-

mos su procedencia; por ello resulta normal que a las veces no entendamos, en realidad, lo que pedimos.

Párr. 55.—Todo esto nos enseña Malón como consecuencia de la platónica definición del Eros. Seguidamente, partiendo del aforismo común: «el amor es una atadura mediante la cual el amante desea ayuntarse y unirse con la cosa amada», pretende mostrar la dificultad que encierra la idea de «appetitus» o «deseo»: en resumidas cuentas, no es más que un accidente del amor. Es tan grande la belleza del otro mundo, que todo aquél a quien ha sido permitido fijar en ella una mirada breve, ambiciona desembarazarse de esta vida, como le ocurrió a San Pablo. Claro que esto no equivale a un mero afán de morir, porque una aspiración semejante de abandonar la vida sin más ni más, es algo que se opone de por sí a nuestra propia naturaleza. Tenemos que apurar esta vida con toda su «dulzura»; pero resulta que la muerte la desbarata con todos sus bienes. Y como dijo Aristóteles: «Melius est esse quam non esse». Esta debe entenderse hablando en absoluto; pero resta autoridad a la frase: «Melius non esse quam male esse», como sucede en el caso de Judas Iscariote. No obstante, la «sed de inmortalidad» es tan grande que aspiramos a entrar con todo nuestro cuerpo en la gloria del Señor.

«Deseo» significa desasosiego del alma y se acaba tan pronto como hemos conseguido la meta. Pues, «*in caelo, nulla concupiscentia*».

Pero, ocurre una cosa, y es que en el cielo también puede haber «deseo»; deseo de no perder lo que ya se posee. Claro que en realidad esto no cabe dentro del concepto de deseo, de afán, en un sentido estricto, es decir, en el punto en el que el deseo encierra «congoja y defecto». Los mártires viven aún con esta inquietud, con este desasosiego. Suspiran por el fallo del juicio final, porque sus cuerpos, que fueron destrozados en el martirio, serán restaurados en ese trance definitivo. Suspiran, «por volver

a tomar sus cuerpos a los que aman como a fidelísimos compañeros». Es decir, no están totalmente en el cielo, y, en cierto modo, no son completamente felices. Y ello porque en expresión aristotélica, el alma es *forma corporis*, y, en consecuencia, exige la asistencia del cuerpo. En resolución, aun cuando el deseo esté satisfecho, el amor no cesa, pues en definitiva, el deseo no es más que un accidente del amor (quizás un sucedáneo suyo), pero nada más. Para confirmación de todo lo anterior apunta las definiciones que a esta idea han dado Platón, Plutarco, Cicerón, Séneca, los Estoicos, Plotino y San Agustín. Por fin la liberación del deseo y su elevación significan «quiete, descanso», es decir, «alegría». Todo esto está de acuerdo con la doctrina de Santo Tomás, a quien cita nominalmente por vez primera.

Párr. 56.—Con los efectos del amor divino, nuestro fraile agustino alcanza su meta. Describe el estado de ánimo de la Magdalena, parafraseando algunos versos del Cantar de los Cantares. Las palabras de San Pablo: *Fortis est ut mors dilectio* le suministran luz abundante. Como en el Symposium de Platón, es celebrado el heroico estado de ánimo de la Magdalena, creado por el Eros y alcanzado ya para siempre. Encontramos aquí también una referencia explícita a la frase que formuló Zenón y puntualizaron después Santo Tomás de Aquino y otros escolásticos: la esencia del amor divino consiste en la *amicitia*.

Discute y parafrasea el «dulce mezclado con el amargo», de Platón. El amor es amargo en cuanto es muerte, pero dulce porque es voluntario. Muerte es el amor, porque el sujeto se entrega al objeto y no piensa más en sí mismo; el alma no obra en sí misma. Es el pensamiento su actividad peculiar y el pensamiento *está en otro*; por ello, el alma tampoco está en el sujeto, es decir, no vive en sí misma. De esta suerte el sujeto está muerto.

Cristo y María «juegan al trocado»: mutuamente han cambiado sus almas. Advierte aquí Malón la imprecisión

del lenguaje y de las ideas humanas ante sublimidades semejantes. Dios nos ama en Sí mismo, no en nosotros. Tal lenguaje es justo, si miramos al hombre, a su papel en este trueque, pero no lo es desde el punto de vista de Dios. Sin embargo, la Sagrada Escritura está llena de este modo de hablar.

«Ganapierde del amor», llama al trueque del amor en el que, perdiéndose a sí mismo cada uno, se gana a sí y al otro. Esto es ampliamente comentado siguiendo a San Pablo. Mediante una muerte, nuestra muerte al mundo, ganamos dos vidas: la que se vuelve a encontrar en el amado y la del mismo amado. El Sacramento de la Comunión es su símbolo viviente.

Párr. 57.—Encontramos en este párrafo una nueva y poética descripción de la amorosa disposición de ánimo de la Magdalena. Propio de un alma que se encuentra en este estado, es no atender a las exigencias de la razón. En eso consiste cabalmente su razón. Aquí acaba ella encontrando su perfecta seguridad. Contrapone esa disposición de María a la negrura de piel, que ostentaba en el tiempo en que era pecadora. Todo lo ha transfigurado el amor. Morada del demonio había sido ella, muladar y pasto del mismo. Mas ahora, todo es luz y claridad radiante, desde el momento en que empezó a amar.

Una vez más torna el autor a la murmuración del Fariseo, sirviéndose para ello de un paralelo que le sugiere la historia de la Mujer de Moisés, la Negra. Aquí tenemos la parte más incoherente de todo el libro, que destaca como una roca pelada de árida e infructuosa exégesis, en la poética alfombra del conjunto. La discusión de si la mujer de Moisés era efectivamente negra. Casi dos columnas y media, ciento treinta líneas, dedica a esta cuestión. Después vuelve nuevamente a su tema. Celebra la grandeza de Dios, en forma completamente antropomórfica, y muestra la imposibilidad en que nosotros, criaturas, nos hallamos de poderle amar en Sí mismo. Pero es el caso que un

Dios de belleza semejante se complació en tan oscura pecadora: «mucho me espanta ese casamiento (de Moisés con María la Negra), pero más espanta que el Hijo de Dios se case con María... ¡Oh, qué pasmo debió tener el cielo cuando vio a su Dios tomar por esposa a María!» Fundamento del amor con que ambos se corresponden, es el contraste entre los dos: noche-oscuridad-tinieblas y luz-día-rayo de luz; invierno y primavera; muerte y vida. («¡Cómo la muerte no ha de amar la vida!»); aridez y agua dulce; enfermo y médico (*Quia non sanitas in carne mea*). Pero Dios buscó a María antes que ella le buscara. Amor de Dios es abandonarse en Dios, porque sabe dar mucho y espléndidamente. Es Dios un «manirrotó» y «así se rompieron las manos en la Cruz, porque nada te quedase en ellas».

La recompensa de un tal amor de María a Cristo es el perdón de innumerables pecados. ¿Qué significa esto? ¡Oh, qué cosa es el pecado! ¿Quién rastreó jamás su fuerza deprimente? «Espántome de cómo María no dejó el alma de sola alegría cuando oyó de boca del mismo Dios: yo te perdono.»

Ahora vive Mara en estado de gracia, hecha desde este día «pagadora y tesorera del Señor» (recolo traducir esto por «contadora o contable y cajera») (1). Hoy le unge los pies y la cabeza antes de que muera, y le ungirá después de muerto el cuerpo entero. Después de la muerte de Cristo lleva María una vida de penitencia durante treinta años. Desgarradoramente llora en soledad su vida pasada. Contrapone con viveza esa perfecta penitencia al tibio llanto sobre los pecados de la gente frívola que carece de pensamiento e imaginación. Por esto, juzga digna a la Magdalena de experimentar el éxtasis como San Pablo. Hace un

(1) *Tesorera* es el auténtico término técnico de la mística española. Me remito a la Introducción crítica ofrecida, donde trataré sobre esta y análogas expresiones en Santa Teresa, Luis de Granada..., etc.

juego de palabras: apóstoles y apóstatas de la virtud; vuelve sobre la gente frívola para sacarla de su falsa seguridad; pues, como dice Job, nadie hay libre de pecado.

En el párrafo 60, da Malón forma definitiva a la leyenda de la Magdalena de un modo breve: el viaje a Marsella y su vida eremítica en Provenza.

Aquí se limita a darnos una visión de la Jerusalén celestial, visión de que fué hecha partícipe la Magdalena, siguiendo el Apocalipsis de San Juan.

Nuevamente una mirada retrospectiva a la vanidad de los bienes de este mundo. Luego, el sugestivo cuadro del Cordero, que para hablar en palabras de otros escritores: *In horto aromatum lilia colligere cum candidulis Virginibus ei permisit*. Describe esta santidad en estrofas cuyo ritmo y vigor nos recuerdan otras semejantes de San Juan de la Cruz. De nuevo pinta el cuadro de la actual Magdalena, contrapuesto al de la antigua, que a tantos hombres había llevado al infierno, que había destrozado y robado miles de corazones y que había sido maestra de todos los vicios. Y pregunta de nuevo a los frívolos: «Decidme, pecadores, si tras el perdón hace María tal penitencia, ¿qué esperáis los que no habéis oído de la boca de Dios, *Remittuntur tibi peccata tua?*»

Por fin, el celestial Esposo decidió no diferir por más tiempo la recompensa de un amor semejante y llamó a sí a la Magdalena. Entonces le llegó el goce sublime y definitivo de Dios, su Esposo: la muerte.

En un apéndice traduce Malón de Chaide el Sermón de la Resurrección del Señor, de Orígenes, que había que poner al lado del Tract., 121 in Ev. Joa., de San Agustín. Precede a esta traducción un prólogo en el que declara las calidades del mismo. Modestamente califica su propio trabajo, atribuyéndose un «grosero estilo». Traduce el Opúsculo de Orígenes siguiendo las líneas generales de su ideología, no literalmente, mejorando el texto con algunas acotaciones personales. También aquí alaba su lengua patria:

«...nuestro lenguaje español, pues es tan abundante que ni en sello, ni en tener galanas frases y suavidad y muy cortados y propísimos términos para todo cuanto ha de decir tiene envidia a la lengua griega, ni latina, ni italiana, ni tiene necesidad de mendigar estilo, ni términos, ni compostura, ni gala, ni otra cosa de sus vecinos, pues ella por sí sola basta y sobra...»